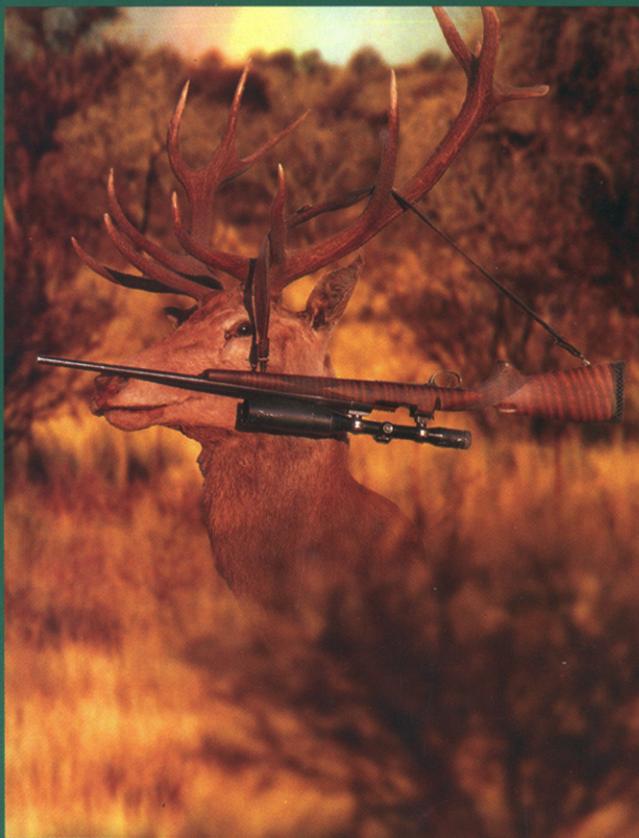


El último trofeo y otros textos

Guillermo Herzel



La Pampa lee

La Pampa

“El último trofeo y otros textos” de Guillermo Herzel

Imagen de tapa: *El trofeo del ciervo*, fotografía de Fabián Muñoz, 2007

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Obras cedidas por el autor para esta publicación

Colección: “La Pampa lee”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075
campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2007

EL ÚLTIMO TROFEO

GUILLERMO HERZEL

Para Marta y Juan Defilippi

Marzo anunciaba su final a todo otoño. La pampa crecía de paz y de silencio, como anunciando el sueño de los pájaros. El monte de viejísimos caldenes, cobijaba a Alexis y a su pueblo, unos mil individuos que lo acompañan y lo reconocen líder, en aquellas soledades inmensas de “San Miguel”.

La época, tan especial, preludiaba los primeros fríos que coincidían con la brama, convocante de tantos cazadores que llegan desde alejadísimas regiones del mundo, en busca del preciado trofeo que, luego, sobre alguna pared o chimenea, provoque la envidia de los amigos.

Había llegado también el momento de poner en práctica el plan de Alexis. Sabían que una de las lujosas y exclusivas cabañas de la estancia, alojaba a un tal Hans Bainer, que, como los antepasados de Alexis, había llegado desde Alemania, poseedor de un fusil para caza mayor que era, sin duda, la última palabra de la tecnología (mira telescópica de rayos infrarrojos, sistema de recarga automática de gran velocidad, cañón de un acero especial, superliviano y de gran resistencia y muchos otros detalles que lo convertían en una verdadera joya).

Esa noche, el alemán salió acompañado por un guía, a la búsqueda de un ciervo que debería convertirse en un digno trofeo, capaz de justificar la inversión hecha en el arma y en el viaje.

Llevaba un tiempo apostado, cuando vio aparecer, enmarcado por el brillo de la luna, un ejemplar increíble, una cornamenta como nunca se había visto y que nadie, hasta entonces, había cazado: el animal que el arma merecía. Apuntó, ayudado por la mira, centró la pieza con todo cuidado y, lentamente, fue bajando el gatillo hasta que se produjo el disparo, justo en el momento en que el ciervo daba el pequeño giro que provocó una maldición en la boca del

alemán. Sin embargo, pudo ver, entusiasmado, como se desplomaba. Alemán y guía corrieron hasta encontrarse con un tremendo ciervo colorado, caído sobre un matorral de pasto puna.

Hans Bainer colocó entonces su valioso fusil sobre aquel increíble laberinto de astas y retrocedió con su cámara fotográfica para perpetuar el momento, único en su vida, con el que podría demostrar la efectividad del arma y su garra de cazador. Al enfocar creyó oportuno acercarse un poco para obtener mejores detalles del arma y del animal. Dio un paso adelante, volvió a regular la cámara y, perplejo, vio a través del visor que aquella enorme fortaleza de músculos y belleza, se incorporaba y tomaba carrera, monte adentro, llevándose, bien asegurado en la cornamenta, el costoso fusil, entre gritos de desesperación del alemán y del guía, que no podían creer lo que estaban viendo.

Buscaron toda la noche. Jamás aparecieron, ni el ciervo ni el fusil.

Cuentan en “San Miguel” que desde aquella noche, crecieron la fama, el respeto y la admiración hacia el coraje de Alexis que, en algún lugar oculto del monte, guarda su trofeo para envidia de quienes lo acompañan en aquellas soledades de la pampa.

Dicen que desde ese día, Alexis dio por finalizada la temporada de caza. Ya no saldría por nuevos trofeos hasta la próxima brama.

EL REGRESO DE LA FAMILIA CORONEL

Eran tierras que habían ocupado sus padres y sus abuelos. Una franja de “San Sixto”.

El mayor de los hermanos, Fermín, vivía con su esposa y sus dos hijos adolescentes, en el lote vecino a la escuelita rural. Era un hombre de la tierra, acostumbrado a compartir con ella todos sus misterios. Araba, sembraba, cosechaba, marcaba sus vaquitas, las vacunaba. Él mismo plantaba los palos y estiraba los alambres, cuidaba las jóvenes plantaciones que comenzaban a luchar contra los médanos y los vientos de la pampa. Poco había estudiado.

La escuelita rural no existía cuando fue niño. Al pueblo había ido muy pocas veces. La falta de medios y la escasez de dinero lo habían obligado a pasar la vida en el campo, ocupado siempre en infinidad de tareas, aliviadas ahora por esos dos hijos que, después de terminar la escuela, habían decidido quedarse a trabajar en el campo junto a su padre.

Esta gente que los visitaba, los Coronel, estaban viniendo demasiado seguido. Dos y hasta tres veces por semana.

Esa noche, Fermín había llevado a la mesa unos chorizos caseros, galleta y un vino tinto que constituía el premio cotidiano a su trabajo.

Y así, sentados a la mesa, larga y familiar, habían pasado, como tantas otras veces, horas y horas escuchando aquellos extraños relatos que traían los Coronel, cada vez que llegaban a compartir alguna de esas largas noches del campo: las pirámides de Egipto, las construcciones de Machu Pichu, las pistas en las altas cumbres de los Andes, las causas y los efectos de los eclipses, el recorrido de los cometas avistados desde la Tierra y muchas otras cosas que Fermín y su familia no habían escuchado jamás.

Cuando ya el sueño comenzaba a hacer de las suyas, los Coronel iniciaron la despedida y comentaron que no volverían por unos días porque debían viajar en busca de algunas herramientas.

Fue un tiempo duro. Fermín araba su pequeña chacra para aprovechar las lluvias que debían llegar en esos días.

Una noche, empeinado en terminar un cuadrito que lo había retrasado más de la cuenta, vio sobre su casa una luz muy grande, fuerte como un sol. Varios cuadraditos de colores giraban en torno a la esfera de luz blanca que iluminaba el montecito de eucaliptos como si estuviera en pleno día. Debajo, desde el fondo de la luz, se desprendió una escalera luminosa, por la que comenzaron a descender dos personas.

Fermín observó todo aquello desde la cabina de su tractor y, molesto, apuró la marcha para terminar la última melga del cuadrito que araba.

Los Coronel habían regresado...

EL ALMACENERO

Después de las vacaciones de invierno, habían comenzado a visitar comercios y pequeñas industrias del pueblo.

Ya en el aula, debían recrear la actividad de la empresa visitada. Asumían la representación de cada protagonista de la actividad, personajes que ellos mismos iban rescatando de entre las infinitas formas del trabajo del hombre, que, de la mano de la activa maestra, tempranamente comenzaban a conocer.

En eso estaban aquel día cuando, de pronto, sin anunciarse y como queriendo revalidar sus títulos, entró la inspectora.

Entró y lo vio arriba del armario. Su cara se transformó como si hubiese recibido la orden de ejercer toda la autoridad de su cargo:

–¿Qué hace niño, allí arriba? le dijo, marcando la “elle” y tratándolo de “usted”.

–¡Qué se cree que es esto, un boliche...!

Los demás chicos, cada uno en su banco, inmóviles, parecían representaciones trasnochadas del espanto.

–Éste es el almacén de Don Carlos, dijo uno de los chiquitos.

–Y para representar un almacén ¿es necesario que se suban al armario...?

–Pero yo soy el almacenero, dijo quien, muerto de miedo, no se animaba a bajar de aquella difícil y comprometedor posición en que se encontraba.

–¡Y qué tiene que ver que usted sea el almacenero...! ¿Los almaceneros andan arriba de los armarios?

–No, dijo el chico asustado, pero cuando voy al almacén, el almacenero me mira siempre de arriba...

LAS TARJETAS

Cada uno debía hacer una tarjeta. Con el motivo que quisiera: personas, paisajes, animales... Un dibujo cualquiera.

Y ahí estaban, trazo viene, trazo va, borrando, insistiendo.

La consigna era *15 minutos para terminar y a mostrar*.

Uno por uno los iría viendo la maestra que aprobaría o no los trabajos presentados, con su aplauso o su silencio.

Así fueron pasando, una a una, las tarjetas: molinos, ríos, casitas, el campo, montañas, cielos con soles y arco iris, árboles y pajaritos... De todo.

Triste andaba aquella tarde Mariano con su tarjetita, arrugada y sin aplausos.

Un mundo de engranajes poblaba su dibujo, unos ensamblaban con otros. Diente con diente parecían hermanar el esfuerzo que los pondría en movimiento hacia quien sabe qué mágico destino.

La maestra no escuchó sus explicaciones. *Ese dibujo no era nada, no significaba nada, no se parecía a nada.*

Fue la maestra de música la única que se interesó por su tarjeta. Le preguntó de qué se trataba aquel mundo loco de dientes y engranajes.

Mariano pudo, por fin, contarle a alguien su dibujo:

–Mire, seño, este es un motor y lo hice para usted.

–¿Y para qué quiero yo un motor, Mariano?

–Para ponérselo a su piano, seño. Para que usted no necesite tocarlo...

–Pero Mariano, sí a mí me gusta tocar el piano para que ustedes canten...

–Claro, pero cuando nos reta tiene que dejar de tocar. Con el motor podrá retornos y nosotros seguiríamos cantando...

Quizá en ese momento comenzó para Mariano un camino nuevo que lo llevaría a esa profesión de dibujante publicitario, de la que vive, cuando ya se va arrimando al medio siglo de vida.

Al terminar cada dibujo, todavía cree escuchar el aplauso alentador de aquella maestra de música, que, al interesarse por su arrugadita tarjeta, quizá sin saberlo, le puso un poderoso motor a la esperanza.

LA HORA DE LOS GANSOS

Muchos padres de aquellos alumnitos rubios de la escuela habían llegado desde una Rusia conmocionada por la guerra. Habitantes de las colonias que Catalina, la Grande, soñara pobladas de arios de anatomías perfectas y costumbres prusianas.

En sus casas se hablaba únicamente alguno de los dos dialectos del alemán, el que llegó con los que vinieron a las pampas argentinas desde orillas del Volga, y el otro, el de los de Odhesa, dueños por igual del misterio de aquella desconocida tierra que los había cobijado sin exigirles, como en otras partes del mundo, el sacrificio de la lengua, de la música, de las costumbres o la cultura de la madre tierra.

Y se vinieron hacia la mágica aventura de América, a la pampa, a la que ya habían llegado, desde tanta lejanía, los primeros avanzados del otro lado del mar, los de la primera decisión de abandonar el espanto, rumbo a la desconocidas comarcas del Sur. Y, como si quisieran disimular tanta distancia estando juntos, fundaron colonias y, como había ocurrido por generaciones en la antigua Rusia, juntos, conservaron la identidad que viajó con ellos, para instalarse en estas desconocidas latitudes de la Tierra.

Se hablaba alguno de aquellos dialectos. El director de la escuelita era un joven maestro recién recibido en la escuela normal de San Luis. Juan Pascual Puglisi, hombre de criollas costumbres, de mate amargo y guitarra. De tonadas y canciones. Rico en historias. Dueño de un correcto castellano, como suele suceder con todo provinciano de la mitad superior de Argentina.

No entendía absolutamente nada del alemán ni de los dialectos que andaban en boca de sus alumnos. Era maestro de grado y estaba también a cargo de la dirección de la escuela.

Había comprendido, en los pocos días que llevaba en la colonia, que no

eran estas tierras de rápido perdón, aquí no había tiempo que perder, cada uno debía asumir su obligación y ocuparse de ella. De todos modos, estaba sorprendido por la capacidad de trabajo de esa gente y su profundo sentido de responsabilidad.

Ese día, Jorgito llegó silencioso como siempre. Lo notó extraño, parecía preocupado por algo. Preocupado y nervioso y con una evidente carga de ansiedad. Sin embargo, la primera hora de clase transcurrió sin novedades. Al volver del recreo, Jorgito estaba al borde del desatino, no quería sentarse. El maestro le preguntaba qué era lo que le pasaba, pero no contestaba, rumiaba extraños sonidos parecidos a palabras. Es que no sabía juntar más de dos o tres letras de nuestra lengua, mucho menos para explicar lo que le estaba sucediendo en ese momento. Hablaba nervioso su dialecto. El pobre maestro se desesperaba por entender, aunque más no fuese, una palabrita. Pero nada. No tenía ni idea de lo que Jorgito intentaba decirle. Y éste, para colmo, se iba poniendo más y más nervioso. Era evidente que algo grave le estaba ocurriendo. En un momento, abrió la puerta del aula y salió al patio con la velocidad y la fuerza de un avión de guerra. Atrás marchó el pobre Puglisi que, a pesar de la velocidad de sus piernas, jóvenes todavía, en un segundo lo perdió de vista.

Volvió al aula, vencido, preocupado y, de mala gana, continuó la clase con el resto de sus alumnos.

Había pasado muy poco tiempo cuando creyó escuchar el ruido de la puerta que se abría para dejar pasar a Jorgito, más desencajado todavía, todo transpirado y trayendo de la mano al portero de la escuela, obligándolo a correr hasta allí por el apuro de resolver la situación. Lo traía como intérprete. El portero hablaba alemán y también castellano. Jorgito seguía amontonando palabras en ese complicado lenguaje que, para el pobre maestrillo, era griego antiguo.

...*Lo que pasa es que Jorgito*, dijo el portero, y la calma volvió y los pensamientos se alejaron de la guerra y de la travesía de los mares y de las malas noticias que llegaban, a veces, desde lejos. Se despejaron los nubarrones de algún conflicto familiar, de problemas de salud, ya no tenía sentido pensar en

dificultades de convivencia en el aula, en actitudes discriminatorias. La calma llegó especialmente para el pobre maestro que, como si se tratara de la mejor de todas las noticias, escuchó atentamente al portero. *Lo que pasa, dijo el portero, es que Jorgito tiene que ir a su casa, sin falta, a las 3 de la tarde, para darle de comer a los gansos...*

VIENTO

Puse sobre el techo de la casa, una banderita. Por ella conozco la dirección del viento, antes de salir en bicicleta. A veces me miente la traidora. Hay tantos árboles en la casa que modifican las intenciones de los vientos, entonces la banderita flamea marcando Norte, y es Oeste el sentido de esa mañana. Como me miente, le he perdido la confianza. Entonces, cuando salgo, en el momento que el paisaje comienza a parecerse al campo, recorro a la información que me ofrecen los molinos y es ahí cuando la desorientación gana por goleada. Creo que tiene que ver con la salud de cada máquina, con la lubricación, con el estado de ánimo del molino. Lo cierto es que se parecen bastante a mi banderita. Es entonces cuando termino utilizando viejos métodos para decidir hacia qué lado sopla el viento.

¡Cuántas veces nos pasa lo mismo con los hombres! Unos dicen que el viento viene del Sur, otros afirman que es del Norte, algunos dicen la verdad y otros mienten y nosotros no sabemos quién es quien en todo esto y nos tenemos que arreglar solitos para averiguar si nos conviene más salir hacia el Oeste o si la vida, sólo por contrariarnos, nos llama exactamente desde un viento equivocado.

GUILLERMO JOSÉ HERZEL

Nació en Guatraché, el 24 de marzo de 1943. Reside en su pueblo natal, donde ejerció la docencia desde 1963 hasta su jubilación, en el año 2006. Es miembro de la Asociación Pampeana de Escritores, de la que fue presidente en los años 1993 y 1994.

El video “Sueño de un pelo”, con textos de su autoría, ganó un primer premio en el Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales.

Su poesía ha sido publicada en diversos medios de distintos puntos del país y ha obtenido premios provinciales y nacionales.

Sus libros editados son: *Nosotros* (Poesía), *En el nombre de los padres* (Prosa poética) e *Historias en Bicicleta* (Cuentos).



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Ministerio de Cultura y Educación



GOBIERNO DE LA PAMPA

